

Poemas

DAVID HUERTA

Como la luz que rodea

Como la luz que rodea las hojas sibilinas
 y, al hacerlo, deja que el viento las arrastre,
 pues el viento es otra forma de la luz,
 o como la mano que mueve una cortina
 para dejar entrar las imágenes frescas del día,
 y la mano es entonces una de esas imágenes,
 y al mismo tiempo
 su sombra desdoblada en la superficie ilegible
 y profunda de las aguas diurnas, así
 digo tu nombre entre la serenidad de los bosques
 y de mi boca se desprenden figuras de silencio,
 labios líquidos en los pétalos
 luminosos y ávidos de cada sílaba,
 pues a tu nombre leve mi sed se acerca, oscuramente,
 con un movimiento de penumbra, de ritmos fugaces,
 y en el delgado vaso de ese proferimiento te descubro,
 para perder de nuevo la fluidez redonda, huidiza,
 de decir, de decirme tu nombre cada vez, y encontrarme
 entre las hojas ilegibles del bosque
 como perdido ante una ventana
 oculta por una cortina
 a la que mi mano se aproxima
 como si quisiera tocarla
 y no puede tocarla. ~



- Poeta, David Huerta (Ciudad de México, 1949) ha complementado su vocación literaria con la docencia universitaria, la conducción de talleres y la labor editorial en publicaciones como *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*. En varias de sus distintas épocas, ha dirigido y promovido incansablemente el *Periódico de Poesía*. Entre sus poemarios se encuentran *El jardín de la luz* (1972), *Lluvias de noviembre* (1984, con obra gráfica de Vicente Rojo) y *La música de lo que pasa* (1997). Ha sido miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte y becario de la Fundación Guggenheim. Fruto de una reciente estancia literaria en Banff, los poemas que aquí incluimos forman parte del volumen *Canciones de la vida común*, apenas publicado bajo el sello de K Editores, nuevo esfuerzo editorial —dirigido por César Arístides— que nace con el noble propósito de publicar poesía, y al que deseamos larga vida.

Hablo

Hablo desde ceniza, desde colocaciones
y guirnalda de espanto,
desde cajones resonantes que guardan
un trazo de pellejo ensangrentado,
un miligramo de espuma fugitiva,
una tela directa de lágrima y zumbido.

Hablo con esta boca de mortales dibujos,
con estos labios que en el insomnio brillan,
con esta lengua de trapo y llamarada,
con este paladar fugaz hecho de musgo y nieve.

Hablo con estos dientes que sellan
un dinamismo vertebral y una sílaba muerta
y hacen sonar zonas hundidas
del esqueleto y de los sueños
y que el tiempo destruye.

Hablo y cruzo el aire, duermo en bordes
y arrugas, borro el empujamiento
de ciertos manuscritos astutos, deshago
franciscanos cordeles para poner en su lugar
cirios eléctricos, cilicios de algodón.

Hablo de ti, de ellos, tienes
fantasmas de las hablas, figuras
contra el espacio más abundante del silencio
y contra las pantallas desgarradas del hambre.

Hablo por un lado seco de la sed
y por las orillas derramadas del vaso,
por la navegación de la deriva negativa
y por una singladura descompuesta y sublime,
por la elevación de todo lo que se calla
en mí, en el atormentado labio de la tribu
y una vez más por caras y retratos.

Hablo de cuevas y teléfonos, de bailarines
y contorsionistas, de política y agronomía,
de telescopios y tabernas —y lo hago
con una equívoca intuición y con cáscaras
de tropiezo, comedia, pastelazo.

Hablo para saber lo que está dentro
de la palabra *nunca* y para conocer
lo que la tristeza numerosa deposita en el polvo
y aquello que, mencionado en ocasiones,
no merece sino desengaño, desprecio,
diagnósticos fúnebres, indiferencia, pena:
testimonios de cómo las manos pasan
y de cómo los pies extinguen la belleza
de caminatas que, en otro mundo, no terminarían.

Hablo en medio del bosque indiferente a mí,
a mis obsesionantes curiosidades
de civilizado y parlanchín,
y nadie me escucha —pero hablar
es un signo de salvajes y frondosos impulsos.

Hablo para cerrar los armarios y para abrir
el libro exhausto, para desunir los relojes
y para unir los dados de la mala suerte,
para extinguir una hoguera y para encender
la pared blanca, para darle la vuelta
a la página y para excavar hasta el ahogo
el cuerpo de este lápiz oscuro.

Hablo, en fin, recordando: débil
protagonista del olvido y clavo del escándalo,
tabla de rechinado, nudo, yerto caudal
de curvos vocabularios que desaparecieron
y de léxicos formidables, calcinados,
pobres tesoros que flotan entre escobas y hornos
y que la memoria inventa y desfigura. ~